

allanamientos de su morada, el espionaje a través de policías que se hacían pasar por amigos, la confiscación de sus manuscritos, la prisión y, por último, el exilio.

La capacidad para narrar que encontramos en sus novelas, la tenía también en sus conversaciones. El hecho más trivial se convertía, a través de la parodia, el humor, la ironía y la imaginación, en algo prodigioso o alucinante. Un rasgo que me sorprendió en aquel primer encuentro, era la sorpresa que le producía la sociedad norteamericana con toda su bonanza económica. Acostumbrado a un país donde la miseria se ha repartido democráticamente en toda la población, salvo —claro está— en las familias de los dirigentes, la presencia de un tostador de pan, una cesta con dos o tres frutas o los libros que podían estar expuestos en la vitrina de una librería de una ciudad como New Haven, lo dejaban atónito. En una ocasión, al comentarme lo difícil que era para él adaptarse a los Estados Unidos, le dije que por qué no se iba a México, en donde tenía lectores y amigos, especialmente en el grupo reunido alrededor de la revista *Vuelta*. Me respondió diciéndome que el gobierno mexicano a pesar de que se había distinguido durante décadas por haber recibido a los perseguidos de los gobiernos totalitarios, con el exilio cubano, y especialmente con los escritores de dicho éxodo, se había portado mal; había sido cómplice incondicional de la dictadura castrista, incluso en sus peores momentos. Al reflexionar sobre su comentario, como mexicano, no pude dejar de sentir cierta vergüenza.

Un rasgo que unifica la obra de Arenas es una conciencia crítica ante la sociedad, el poder, la moral establecida, el Estado y las dictaduras. Ya hemos visto cómo en *El mundo alucinante* el escritor cubano hace una mordaz crítica del régimen comunista a través de la superposición de otro tiempo histórico. En *Otra vez el mar...*, novela publicada en 1982, el lector puede encontrar una denuncia, tanto de la dictadura de Batista como de la de Castro. Incluso el mismo título del libro, *Otra vez el mar...*, además de aludir al número de veces que Are-

nas tuvo que reescribir la novela, por haber sido ésta confiscada por la policía, también alude a la repetición incesante de dictaduras consecutivas en la isla. En *Arturo, la estrella más brillante*, Arenas cuestiona tanto el castrismo como a la moral social, incluida la de las minorías, especialmente la de los homosexuales. En *La loma del ángel*, el escritor cubano critica con humor desmedido el colonialismo, el totalitarismo y el racismo que han perdurado en Cuba a través de la historia. Y en *El portero* —última novela publicada— parodia con humor y sarcasmo la vida deshumanizada y materialista de la sociedad de Nueva York. Se podrían dar muchos otros ejemplos, incluso de sus poemas. Sin embargo, además de esta característica, toda su obra puede ser definida como la búsqueda incesante del espacio de la libertad. En todas las novelas mencionadas, ese anhelo es la única causa por la cual los personajes y el narrador tienen una razón para existir.

Ha pasado una década desde aquel primer encuentro con Reinaldo Arenas. Pienso en otros. Escucho sus palabras y sus relatos como si estuviera cerca. Lo veo bailar entre la muchedumbre de «La escuelita», discoteca fundada en el corazón de Manhattan por un grupo de «marielitos». Lo veo comer en un restaurante cerca de su casa. Veo sus manos grandes, sus dedos como espátulas, su cara de niño travieso. Vuelvo a la esquina en donde leo en la primera página de un periódico brasileño la noticia de su muerte. La alegría que tenía por el Premio Nobel de Paz se une a una extraña melancolía. Contemplo en torno a mí los rascacielos. Reinaldo tenía una estatura moral tan alta como aquéllos. Pienso en los escritores que lucharon por la libertad de nuestro continente. Reinaldo fue uno de ellos. Pienso en los inquisidores. Reinaldo luchó en contra de ellos. Avanzo por las calles. Lo real me parece inverosímil. Reinaldo Arenas sigue vivo.

**Manuel Ulacia**

*Carta del Perú*

# Crónica del desconcierto y del disparate

**E**n los últimos meses, pensar en posibles temas para estas cartas se ha convertido casi en una tortura. Una pasada experiencia en el periodismo cultural me había creado el hábito de rescatar cada vez las producciones o figuras más valiosas del momento —como quien separa la paja del grano— y exponerlas en una galería de páginas no destinadas a analizar su trasfondo. Ahora, ya lejos de esa manía de actualidad a que obliga el superficial periodismo, cualquier mirada que no considere lo que hay tras el telón de fondo, cualquier grupo de palabras que no toque lo que él mal esconde, es discurso hueco y vano. Por eso, intentar abordar esta carta o cualquier otra es una tortura, no hay evasión posible de una realidad tan agobiante. No es cierto que una exposición, una puesta en escena, una publicación, o cualquier otra manifestación cultural, cada vez más escasas, tengan un sentido sólo por el aspecto positivo de su logro final. ¿Y el pavoroso esfuerzo desplegado? ¿Y los tropiezos ante la falta de ayuda? ¿Y las pérdidas económicas por amor a la locura del arte? Es cierto que su realización es más valiosa si consideramos las dificultades vencidas, pero aunque destaquemos este aspecto del

proceso, ¿los atropellos y las trabas habrían dejado por ello de existir?

Tal vez esta carta se convierta en un desahogo desordenado, en todo caso caótico como el Perú, en un ejercicio visceral antes que racional (que de esa forma hablen los sociólogos), pero sospecho que ninguna otra manera se adecúa tanto a aquello que nos circunda. Los métodos de evasión en este país varían según las condiciones económicas de sus practicantes: o se vive encerrado en casa, sin comprar periódicos ni escuchar noticias, o se huye a Miami a dejar allí el dinero y hablar de lo mal que está el Perú. Pero si hay que salir de casa y no se puede o no se quiere huir a Miami, y tampoco hay dinero suficiente para mantener un auto propio ni pagar destartados taxis, entonces la mísera vida del país lo abofetea a uno con las manos de los huelguistas bloqueando calles, las de los ambulantes invadiendo los mínimos espacios, las de los mendigos ahora también a domicilio, las de los pregoneros que suben a los autobuses a vender de diversas maneras su desempleo, las de la policía pidiendo documentos e imponiendo su temor revestido de fuerza. Hay que salir a la calle para llegar a una galería o a una sala de concierto, y hay que volver a casa con el miedo de sufrir algún acto de violencia. Todo resto de manifestación cultural es una forma de desesperada sobrevivencia en medio del desorden público y del desinterés oficial.

Hasta hace muy poco pensábamos que habíamos tocado el fondo del abismo, pero sólo había sido un espejismo en la oscuridad, el fondo estaba más abajo. No eran suficientes los atentados y la infiltración terrorista en los más diversos sectores, la incontrolable inflación, el narcotráfico, la corrupción generalizada y su impunidad, faltaba la pesadilla del cólera, aquella peste que algunos creíamos encerrada en las novelas o en la historia de siglos pasados o en realidades aún más terribles que la nuestra. Pero qué ilusos, cómo no lo advertimos, se tratase del cólera o de otro mal era de temerse que alguno proliferara en un pueblo desnutrido, carente de servicios básicos e incapaz por ello de aplicar nociones elementales de higiene. Cómo no pudimos anticipar que el abandono en que el Estado peruano ha tenido a las cada vez más extensas poblaciones marginales tenía que desembocar en esto, y que la permisividad cómplice de las autoridades ciudadanas respecto a la proliferación de cual-